

CAPÍTULO I

Miliana. En una noche muy fría

Oviedo, 20 de Enero de 1147

Aquella noche fría del mes de enero no sería la primera en la que aquella niña de siete años tendría que dormir en la helada y húmeda calle, como un perro desvalido.

Temblando por el frío que tenía metido en los huesos, prácticamente sin ropa y cubierta tan sólo por una vieja estera llena de liendres, esperaba cerca de la puerta de su casa con la esperanza de que el cliente de su madrastra se marchara pronto para al menos poder dormir un rato a cubierto. Las comodidades en aquella casa no eran mucho mayores que en la calle, allí dormía tirada en un jergón relleno de paja y borra de menos de dos dedos de grosor que tenía en el suelo a modo de cama; pero al menos, dentro, no tendría miedo de que las ratas la atacaran mientras dormía, como ya le había pasado en más de una ocasión en aquellas calles sucias y terrizas.

Realmente no se podía decir que aquella niña tuviese una relación típica con su madre, aquella arpiá la trataba peor que a su gato al que permitía muchas más licencias que a ella, como por ejemplo, compartir su cama cuando no estaba ocupada por alguno de sus mugrientos clientes, o comer antes y mejor que la pequeña. A pesar de todo eso, Miliana que así se llamaba la pequeña, era una niña encantadora que normalmente caía bien a todo el que la veía, quizás por eso se podría decir que esa malvada mujer vivió a costa de la pequeña prácticamente desde su nacimiento; ya recién nacida, la metía en una cesta medio desnuda y la soltaba en la puerta de la iglesia con un platillo al lado para recaudar limosna. Eso, y los esporádicos ingresos que aquella siniestra mujer conseguía, cuando algún borracho grasiento olvidaba su espantosa fealdad y le pagaba alguna moneda por acostarse con ella, constituían prácticamente todas sus rentas.

El frío nocturno seguía arreciando conforme pasaban las horas y nadie salía por aquella portezuela negruzca y astillada de la casa donde vivía; el viento racheado barría los copos de nieve que habían caído a primera hora de la tarde noche, y la marabunta de ratas ya había iniciado su ronda nocturna y surcaban por oleadas las calles en busca de los restos que la gente arrojaba sin miramientos desde sus ventanas.

El olor era insoportable, el frío la calaba hasta los huesos y las ratas le saltaban por lo alto como si aquel pequeño montículo fuera parte misma de aquella retorcida calle. Algunas de ellas se paraban y hurgaban en los agujeros de la estera que la cubría, obligando a la niña a sacudírselas sin sacar fuera ninguna parte de su cuerpo por temor a ser mordida.

Entre tiritón y tiritón por frío y con el miedo metido en el cuerpo fue pasando la noche, pero nadie salió de aquella casa o por lo menos ella no lo vio salir. A las seis de la mañana con los ojos ensangrentados de no dormir y los mocos cayendo por su cara, se levantó, recogió la esterilla y se encaminó hacia la puerta de la casa.

La puerta estaba cerrada aunque no parecía estar atrancada, la empujó con cuidado y con miedo, sabía que si despertaba a su madre lo menos que se podía ganar era un par de guantazos o algo peor, una paliza si la pillaba de mala mañana; la puerta cedió sin esfuerzo alguno, ella sabía que la madre la atrancaba cada noche con una estaca que apoyaba en el propio suelo terrizo, en el que ya había un hoyo hecho de hacerlo una vez y otra, pero claramente la estaca no estaba, de lo

contrario habría ofrecido alguna resistencia y no fue así. Por fin la puerta reveló el cuartucho que había tras ella, en el fondo y en penumbra pudo ver sobre el camastro a su madre dormida boca arriba, el gato rondaba sobre la cama mientras ronroneaba pero ni rastro del degenerado que había entrado la noche anterior mientras su madre la sacaba a ella a la calle a fuerza de cogotazos. El cuartucho estaba helado pero comparado con el frío de la mañana en la calle, tenía cierta calidez.

La niña no estaba aún muy confiada, algo extraño flotaba en el ambiente, una sensación extraña se apoderó de ella poniéndola alerta ante un posible peligro, aun así y tras comprobar que en la habitación no había nadie más, cerró la puerta tras de sí y se dirigió al rincón donde un montón de paja y borra enfundados en una mugrienta tela la esperaba con la promesa de acurrucarla durante una o dos horas más; pero cuando estaba ya casi tendida, volvió a mirar hacia el camastro ahora mucho más cerca de ella y fue cuando se percató de que su madre tenía los ojos abiertos de par en par y la cara inexpresiva y amoratada; se volvió a enderezar y se dirigió con sus pequeños pasos hasta el borde del camastro; el gato iba y venía pasando en cada uno de los paseos por lo alto de los pechos del cuerpo sin vida de la páfida mujer, y en cada paseo, dejaba deslizar su rabo por su cara como si pretendiera despertarla. La niña se detuvo cuando sus desnudos pies tropezaron con las asquerosas sabanas que caían en el terrizo suelo; sólo entonces lo vio claro, su madre no estaba dormida, sino muerta. Pese a su corta edad, ella conocía la muerte de cerca, tal vez demasiado de cerca para su corta edad, pero es que entre otras muchas lindezas que su madre la obligaba a hacer, aquella niña la ayudaba a lavar y a adecentar a algunos cadáveres, y esto no era nada agradable, ya que la mayoría de las veces en que la contrataban para ese menester, eran casos en la que los muertos habían pasado al otro mundo por alguna enfermedad contagiosa o como poco por una paliza, un duelo o cualquier otro caso en el que la repugnancia del caso o su peligrosidad por contagio hacía difícil encontrar a alguien decente para hacerlo. Miliana, lejos de asustarse por eso, aprendió mucho a tan corta edad sobre la muerte, sobre sus consecuencias físicas e incluso psíquicas, sobre lo que afectaba al entorno del finado, sobre la mujer o el marido, sobre los hijos o sobre las madres y padres; estudió las reacciones ante tal contingencia, supo cuál era la cara del miedo, del horror, del amor y de la tristeza, de la alegría, de la avaricia y de otra multitud de sentimientos que un difunto era capaz de transmitir o despertar en su entorno; pero sobre todo aprendió sobre lo físico, sus pequeñas manos eran ideales para aquel trabajo; un buen estropajo de estopa y jabón hecho a base de sosa y aceite, eran sus herramientas y con ellas recorrió los cuerpos muertos de muchas personas jóvenes y viejas, mujeres, hombres y niños, vio y limpió heridas sangrantes, tajos profundos y superficiales, pústulas, eccemas y hasta ojos fuera de sus huecos. Así que cuando reconoció la muerte de su madre, la tomó de la mano, la miró durante un buen rato y luego se dio media vuelta para marcharse de aquella casa y de la ciudad con la intención de no volver jamás.

Para cuando tocaron las campanas de San Salvador llamando a misa de ocho, Miliana ya estaba fuera de Oviedo dirección a Santiago, y no es que la niña supiera mucho de su situación geográfica, pero sí sabía del camino que tomaban todos los peregrinos que visitaban Oviedo para ver el Santo Sudario de su iglesia, incluso se sabía el refrán que por aquel entonces empezaba a circular por todo el mundo cristiano:

“Quien va a Santiago y no va a San Salvador visita al siervo y deja al señor”.

Para Miliana no era un día especialmente trágico, ni siquiera la muerte de su madre lo había convertido en eso, esa muerte la había dejado impávida e incluso liberada de la carga que pesaba sobre sus hombros desde hacía tiempo. Por eso ese día caminaba por el sendero cubierto por castaños sin preocuparse por nada, ni tan siquiera por las agujas de las vainas de castaña que se le habían ido clavando en sus pies desnudos.

Llevaba un hatillo colgado de una vara en el que transportaba todas sus pertenencias, una estera agujereada, un cuchillo oxidado, una cazoleta de barro y un cuenco de metal abollado; ese era su ajuar, esa era su herencia. Pero aún con todo eso, con todo lo que había pasado hasta ahora, ese día era quizás el primero en su corta vida en el que verdaderamente estaba siendo feliz.

Pero eso de ser feliz quizás no era acorde con la vida de esta niña, quizás demasiada felicidad no era buena para ella, así que cuando eran las doce del mediodía y cuando aún no se había alejado más de tres o cuatro leguas de su ciudad natal, el día se volvió tormentoso y un aguacero comenzó a descargar sobre los montes asturianos. Al principio recibió el agua como algo normal y natural y no se preocupó demasiado por ella, así que a pesar de empaparse no dejó de andar; pero la lluvia arreciaba, los montes empezaban a saturarse de agua y el sobrante lo soltaban en forma de arroyos rápidos y caudalosos que caían en cascadas sobre el camino o a los bordes del mismo.

Miliana estaba empapada desde hacía rato, pero además, ahora le costaba trabajo mover los pies que se le iban quedando hundidos en un barro, que lleno de púas de castaña, le arrancaban literalmente la fina piel de sus piecillos descalzos. Ante esa circunstancia Miliana decidió parar a un lado del camino y esperar a que la lluvia cesara, y para protegerse de la misma, se acurrucó contra el tronco de un haya bien frondosa, sacó su estera gruesa aunque llena de agujeros y se la puso por lo alto a modo de cobertizo, y con esa pobre defensa se dispuso a pasar aquella tarde infernal.

Pero por desgracia para ella no estaba sola, alguien o algo llevaba rato siguiendo el rastro de la sangre de sus pies, y ahora, la tenía ya a la vista.

CAPÍTULO II

Miliana. En busca del asesino

Oviedo, aquel mismo día.

Mientras tanto en Oviedo, alguien había visto la puerta de Zoila entreabierta. Alertada la guardia, llegaron y encontraron a aquella mujer estrangulada sobre la cama. La perspicacia de los alguaciles les hizo encontrar rápidamente al agresor, sin duda había sido su propia hija la que la había asesinado con sus pequeñas manos mientras ésta dormía. A nadie se le ocurrió pensar que aquella niña de siete años, aunque estuviera a punto de cumplir los ocho, no habría podido asesinar por estrangulamiento a su madre aunque lo hubiera deseado con todas sus fuerzas en más de una ocasión, como por ejemplo todos aquellos veces en que la golpeó con una cuerda llena de nudos que tenía colgada detrás de la puerta y que usó invariablemente cada vez que Miliana no había conseguido el jornal que ella consideraba suficiente para mantenerse; tanto fue así que había noches en que la niña no había vuelto a su casa por temor a una de aquellas brutales agresiones. Pero los vecinos también sabían de esas palizas y rápidamente apostaron porque efectivamente habría sido la niña la responsable de esa muerte, contaron a los alguaciles que aquella niña odiaba a su madre y que ésta, no tenía más remedio que aplacar su odio por medio de fuertes palizas que la niña aguantaba sin un grito y sin tan siquiera un llanto o una lágrima. Sin duda aquella niña era hija del propio diablo y de aquella desgraciada. Los bulos corrieron rápido, la imaginación calenturienta de la masa, empezó a inventar y a contar mentiras y se comenzaron a oír cosas como que su mirada no era normal, que a más de uno lo había mirado con aquellos grandes ojos e inmediatamente después había caído enfermo. Muchos de ellos también aseguraron que la niña se desenvolvía entre los muertos mucho mejor que entre los vivos; quizás en eso era en lo único que llevaban razón porque los primeros nunca le habían dado ni un disgusto, ni un manotazo o una patada como habían hecho en multitud de ocasiones los segundos.

Los alguaciles corrieron la voz de que había que encontrar y detener a una niña de unos siete años de edad muy peligrosa y probablemente armada, todo el mundo buscó por los pajares, por los estercoleros, por las calles e iglesias, pero evidentemente no la encontraron, la niña había previsto que pasaría algo parecido y afortunadamente había puesto tierra de por medio antes de que la torturaran y la obligaran a admitir la autoría de un asesinato que no había cometido.

Mientras tanto dos toscos hombres cogieron el cuerpo de la madre sin demasiados miramientos, ni rezos, ni ningún tipo de protocolo y lo subieron a una carretilla demasiado pequeña para un cuerpo humano y que en el caso de Zoila, dejaba salir todas las piernas rígidas fuera de ella en una postura patética, ridícula y casi graciosa en la que los pies ligeramente arqueados hacia atrás y las pantorrillas muy estiradas parecían otros dos mangos de la carretilla en el lado contrario a los originales.

De esa guisa la transportaron a las afueras de la ciudad al otro lado de la muralla, pasando por la puerta de Cimadevilla en el camino que conducía a Castilla, y al llegar cerca del río Gafo la arrojaron a la zanja llamada de los desdichados que estaba justo frente al hospital de acogida de leprosos de María Martín de la Malata de Cervielles. Esta malatería era el máximo proveedor de cuerpos de dicha zanja y cada vez que arrojaban a ella a una criatura, alguien echaba también algunas paladas de cal viva mezclada con la tierra del inmenso montón extraído de la propia zanja.

Y así terminó la vida de Zoila que fue madre sin serlo gracias al rapto de una niña; un rapto perpetrado en su juventud en una granja de Mieres con la insana intención de vender a la pequeña al mejor postor. Aunque más tarde cambiaría de opinión al comprobar, que era mucho más rentable ponerla a trabajar como pedigüeña en la puerta de una Iglesia a la que acudiesen un buen número de feligreses, que venderla por cuatro monedas y perder el negocio para siempre. Luego escuchó que oleadas de peregrinos viajaban hasta Oviedo para visitar la iglesia de San Salvador, donde se guardaban reliquias tan importantes como el Arca Sagrada que contenía trozos de la Vera Cruz y el Santo sudario de Cristo, y se mudó allí donde podría conseguir más dinero. Desde entonces había dejado a la pequeña cada día en las puertas de este templo, a la espera de que los peregrinos que pasaban por allí de camino a Santiago de Compostela haciendo en ésta su primera parada bendecida, agradecieran a Dios su gracia arrojando alguna moneda al platillo de la pequeña.

Realmente, toda la culpa no había sido de esa desgraciada, la vida había sido siempre un infierno para Zoila, había tenido una infancia desdichada sin padres, criada por un tío, hermano de la madre que la violaba cada noche desde que tenía nueve o diez años hasta que ella le atizó en la frente con un hacha con la que le partió prácticamente la cabeza en dos. De aquel asesinato nadie la culpo, nadie supo que ella había sido la asesina de su tío, nadie imaginó que aquella niña había masacrado aquel cuerpo a fuerza de golpes de hacha descargados mientras el hombre había muerto en el primero de ellos, aquel que le abrió la cabeza como un melón.

Desde entonces se tuvo que buscar la vida por su cuenta y como otros cientos de niños huérfanos por las fiebres, la lepra y otras enfermedades que diezmaban en ese momento la población, se tuvo que tirar a la calle a mendigar hasta que su cuerpo explotó en una belleza falsa obtenida a sus diecisiete años a fuerza de pellizcos en la cara y de relleno en los pechos con la que se pudo dedicar a algo más lucrativo que esperar a que alguien le diera una moneda. Desde ese momento se prostituyó, ella siempre pensó y se dijo:

«Y qué más da. Qué más da que por dinero me hagan lo que me han hecho repetidas veces a la fuerza y sin pagar.»

A los dieciocho años ya había notado que una madre con su hija, ganaba más dinero pidiendo en la puerta de la iglesia, que ella como prostituta barata con el peligro que eso conllevaba y entonces decidió quedarse preñada a toda costa. Y no pensó, ni se pudo permitir pensar en un padre en condiciones para su futuro hijo, sino que lo intentó con cada uno de los infames borrachos que se la llevaban a la cama por una o dos monedas de cobre cada día. Pero no pudo ser, parece que la suerte no corría de su parte y no se quedaba preñada aun cuando se acostó con todo el que le propuso estar con ella, aún sin pagar en muchas ocasiones.

Pasó el tiempo hasta que comprendió que no iba a quedarse preñada nunca, así que optó por seguir un plan mucho más peligroso pero más rápido y directo. Decidió aprovechar la primera oportunidad que tuviese para quedarse con un bebé, y ese fue su plan, y ese, su único triunfo, el de criar aunque de mala manera a la niña más sensible que había nacido hasta entonces en toda la humanidad.

CAPÍTULO III

Miliana. Los ecos ancestrales

Caminos Asturianos

La oscuridad se había apoderado ya del atardecer y unos ojos rojizos vigilaban aquel bulto cubierto por una estera agujereada; una figura negra, alta e imponente se acercaba poco a poco a su víctima con la intención sin duda de darse un succulento banquete y cuando la tuvo a su alcance no desaprovechó el momento, saltó sobre la manta y la mordió fuerte por el primer sitio que encontró prominente; afortunadamente para Miliana, aquel animal acababa de morder una robusta estaca que la niña había puesto de punta a modo de mástil de su improvisada tienda de campaña. Aquel animal tiró con fuerza de la estaca y corrió con ella llevando la esterilla a rastras, creyendo en un primer momento que había conseguido sujetar su presa, el error de éste sirvió a la niña para levantarse rápidamente y tratar de encontrar la manera de ponerse a salvo, segura de que ese animal no tardaría en darse cuenta de su fallo y volver a por ella; como así fue, aquel animal sanguinario después de agitar la cabeza con la máxima energía para partir la columna vertebral de su presa imaginaria, se dio cuenta de su error y soltó palo y manta en el suelo con evidente enfado, se giró con rapidez y vio a la niña, a la que no le había dado tiempo a escabullirse, con la espalda pegada al árbol y mirándolo fijamente.

El agua caía con fuerza sobre la bestia, su pelo negro encrespado en los lados y de punta en su lomo brillaba con los últimos reflejos que quedaban en la tarde noche, sus ojos se clavaron en su presa y comenzó a caminar con un paso lento y con postura levemente gacha, hacia su víctima.

Miliana veía acercarse a su posible asesino pero ni por un instante le invadió el miedo, no se había liberado aquel día de su yugo para terminar muriendo unas horas después a manos de un sarnoso lobo, así que como no podía hacer otra cosa, se puso todo lo derecha que pudo y extendió su brazo con la palma de su mano abierta mirando hacia el animal en una señal clara para que parara. El animal no se esperaba que su presa le hiciera frente, la había examinado antes de atacarla mientras caminaba, la había observado atentamente y la había visto débil y asequible; sin embargo, ahora le estaba haciendo frente, no huía tal como él esperaba, no corría ni se alejaba como todas sus presas, que en ocasiones habían sido mucho más grandes que él mismo, sino que le oponía resistencia, se enfrentaba sin temor a su ataque. Entonces el lobo sacó todos sus dientes a relucir, esperaba que el destello de sus armas la obligara a retroceder, pero de nuevo se equivocó, Miliana dio un paso hacia delante con su mano firme apuntando a la frente de aquel descomunal lobo y dejándola ahora acompañar de su voz que simplemente vocalizó una larga “eeee...”. Con esa aptitud acabó de desorientar al animal haciéndolo parar en seco, Miliana se dio cuenta de esto y dio un paso más sin dejar de pronunciar esa “eeee...” sonora y casi chillona, que sin saber por qué, le había salido del alma. El lobo, no se sabe si por miedo o por sorpresa giró la cabeza a un lado y a otro como buscando una escapatoria, pero no vio ninguna y no tuvo otra opción que dar un paso atrás bajando el rabo hasta meterlo entre sus patas, luego volvió a dar otro paso más hacia atrás; la niña que tenía una inteligencia natural especial para su edad, notó perfectamente esa reacción y no quiso abusar de su superioridad mental para dar más miedo al animal y cambió la “e” por la consonante “s”, ese simple cambio de sonido en la voz aguda de la niña volvió a cambiar la actitud del lobo que cada vez estaba más sorprendido y se sentía más y más dominado, algo en esa voz lo limitaba, lo coartaba y a la vez lo seducía, era algo que su fiereza no podía entender y mientras una parte de su instinto animal quería saltar sobre su posible cena, la otra parte lo remitía a tiempos ancestrales en los que las cosas eran distintas y aquella figura era

la dominadora y él, el dominado. Miliana dio otro paso más y ahora la palma de su mano casi estaba apoyada en el hocico del temible animal que hacía rato había escondido sus defensas; el aliento caliente y húmedo de la respiración del lobo le daba ya en la palma de la mano.